

89

LIBRARY

THE
UNIVERSITY OF CHICAGO

PQ2189
.B32
D38
1906

R.C.



1020026065

Lecturas amenas.—V

EL DANDISMO

En esta misma colección

SCHOPENHAUER. — La mujer, el amor y el matrimonio.

E. GÓMEZ CARRILLO. --- Sensaciones de Rusia.

T. ORTS-RAMOS. -- Eróticos y sentimentales.

ABATE BRANTOME. --- Acicates del amor.

B. D'AUREVILLY. -- El dandismo.

E. y J. GONCOURT. -- El amor en el siglo XVIII.

0'50 ptas. volumen

. BARBEY D'AUREVILLY



EL DANDISMO

R. B.

UBIAS

VERSIÓN ESPAÑOLA

86336

29733

1906

COLECCIÓN DE LIBROS MODERNOS

BARCELONA

843
B-D1



ES PROPIEDAD

PQ2189

B32

D38

1906

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

Imp. editorial *El Tibidabo*—Balmes, 88



EL DANDISMO

A César Daly

Director de la *Revista de Arquitectura*.

Querido Daly: Hace diez y siete años que escribí á usted lo siguiente: «Mientras anda usted viajando y los amigos que le recuerdan no saben donde encontrarle, yo preparo algo que no me atrevo á llamar libro y que le espera á usted en el umbral de su casa. Es la estatuilla de un hombre que no merece mayor monumento: curiosidad histórica y de costumbres

que puede usted colocar sobre la estantería del despacho.

Brummell no pertenece á la historia política de Inglaterra. Aproximóse á ella por sus amistades, pero no logró penetrar. Tiene señalado puesto en otra historia más elevada, más general y más difícil de escribir—la de las costumbres inglesas.—Porque la historia política social, no comprende todas las tendencias y todas son dignas de estudio. Brummell expresó una de estas tendencias, y á no haberla expresado, su acción no se explicaría. Escribirla, profundizarla, y mostrar que semejante influencia iba más allá de la superficie, podría dar asunto á un libro que Beyle (Stendhal) omitió emprender y que tantaría á Montesquieu.

No soy, por mi desgracia, ni Montesquieu ni Beyle, ni águila ni lince, y no obstante, he probado á discernir lo que muchos no se dignarían explicar. Le ofrezco á usted, amigo Daly, lo que he visto. Usted que tiene el sentido de la gracia, igual que las mu-

eres y los artistas, y comprende su imperio á fuer de pensador, admitirá gustoso el presente estudio delicado á un hombre á quien hizo célebre su elegancia. Es usted persona tal, que yo podría, sin inconveniente alguno, dedicarle también el estudio consagrado á un hombre inmortal por su inteligencia.»

Acepte usted, pues, tan leve testimonio de amistad, en memoria de días más felices en que solíamos vernos con frecuencia.

De usted afectísimo,

J. A. BARBER D' AUREVILLY.»

He aquí amigo mío que esta dedicatoria, con sus diez y siete años de fecha, sirve íntegra para hoy, y será la primera vez que diez y siete años no introduzcan modificación en una cosa.

Permanezca, pues, invariable como á amistad que expresó y que permanece también en nosotros sin nubes y sin vacíos. No siempre he sido tan di-

choso; sólo usted es la columna que se mantiene erguida entre mis ruinas ¡diez y siete años! Ya sabe usted que el empalagoso de Tácito, siempre insufrible porque nunca miente, tiene un modo especial de llamar á este argo plazo, que quizá fuera mejor no tomar en boca, si en medio de la tristeza de haber vivido no me cupiese la satisfacción de poder afirmar que soy para usted el mismo de siempre. Ya que en este libro todo es fatuidad, quiero jactarme de la persistencia de mis sentimientos.

J. A. BARBEY D' AUREVILLY.

Prefacio de la segunda edición

Apenas me atrevo á llamar segunda edición á la de ahora. Fué la tirada muy corta y regalé los ejemplares en confianza, á unos cuantos amigos; tal vez por este sistema de publicidad íntima y misteriosa logró mejor fortuna. Ignoro si otra publicidad mayor le será igualmente favorable. El ruido, cosa ligera, se parece á la mujer y nos persigue cuando le huímos. En el diabólico mundo social, tal vez la mejor manera de conseguir éxito será organizar un sistema de indiscreciones.

Pero cuando el autor publicó esta futesa, no era tan profundo. Entonces

se le daba un comino de los asuntos y de la fama literaria. Tenía que cuidar de otros adornos y otras galas que no eran del estilo, y se ocupaba más en otras cosas que en conseguir lectores. Y el caso es que ahora le parecen uslerías los cuidados de entonces; porque así es la vida. Toda ella se contiene en el trueque incesante de un cuidado contra una burla.

El autor de *El dandismo y Jorge Brummell* no era un dandi (quien lea este libro comprenderá el porqué) pero atravesaba ese periodo de la juventud en que dijo Byron con melancólica ironía: «Cuando yo era un chico guapo, con el pelo rizado...», y en aquellos tiempos la gloria pesaba para mí menos que un rizo. Escribí, pues, sin pretensiones literarias (tranquílese usted, tenía otras más empecatadas aún) y este librito fué destinado á mi recreo y al de las treinta personas ó amigos desconocidos que nadie está seguro de tener ni puede jactarse de conocer en París. Pero como á mí no me faltaba presunción, creí tenerlos y

los tuve. Séame licito decirlo, porque me he vuelto modesto: conseguí mis treinta lectores para mis treinta ejemplares. No fué el combate, sino la simpatía de los treinta.

Si el libro de que se trata, versase sobre algún grande hombre ó alguna gran cosa, es indudable que naufragaría en medio de ese silencio indiferente que deben, y pagan siempre, los pequeños á los grandes; pero trataba de un hombre frívolo y que pasaba por tipo acabado de la frivolidad elegante en una sociedad muy exigente. Y es el caso que todo el mundo, *en el mundo*, se tiene por elegante ó quiere serlo. Los mismos que han renunciado á la elegancia, quieren entender de ella por lo menos, y así fué leído mi libro. Algunos majaderos, que no quiero nombrar, se preciaron de haberlo comprendido. Yo le afirmo á mi editor que lo compraron. ¡Fatuidad universal! ¡La fatuidad que fué base del primer éxito de esta menudencia, le coseguirá el segundo! Yo siento impulsos de escribir en la

primer página la impertinencia siguiente: «De un fatuo, por un fatuo, para los fatuos;» porque los fatuos en todo se miran, y esto es un espejo.

¡Cuántos vendrán á contemplarse en él atusándose el bigote, unos para reconocerse y otros para hacerse... Brummeles!

No lo conseguirán. No hay modo de hacerse Brummell, somos ó no lo somos. Fútil soberano de una fútil sociedad, Brummell tiene su derecho divino y su razón de ser como los demás reyes. Y ya que últimamente le han hecho creer al bobalicón del pueblo que es soberano, parece natural que el populacho de los salones tenga sus ilusiones de dominio como la plebe callejera.

Este librito aspira á curarles de la ilusión. En él verán que Brummell era una individualidad de las más singulares, que no sólo se había tomado el trabajo de nacer, sino que necesitó, para desarrollarse, el ambiente de una sociedad muy complicada y aristocrática. En él verán cuántas cosas se

precisan de que ellos carecen para ser Brummell. El autor de *El dandismo* ha intentado hacer el catálogo de esas cosas, naderías omnipotentes con que se maneja á las mujeres y también á los hombres; pero al hacerlo no ignoraba que no escribía una obra de consejo, y que los Maquiaveros de la elegancia son más necios aún que los de la política, y cuenta que éstos no lo son poco. Sabía, finalmente, que trazaba una paginilla de historia, un fragmento arqueológico digno de colocarse, á título de curiosidad, sobre el rico tocador de los fatuos venideros. Si lo tienen; porque el progreso, que con su economía política y su división territorial camina á convertir la raza humana en una casta de piojosos, no acabará con los fatuos, pero les quitará los tocadores ricos por desigualitarios y escandalosos.

En suma, ahí va el libro tal cual se escribió. Nada he modificado, nada he borrado. Sólo he puesto aquí y allí una ó dos notas. El autor de *El*

dandismo, que suele reirse de la gravedad de nuestra época, es incapaz de considerar este librito, ligero tal vez en su forma (ojalá), como una travesura juvenil de la cual debe excusarse. Todo lo contrario. Si le apuran, capaz sería de sostener ante la gente grave de profesión que este libro es tan serio como cualquier obra histórica. En efecto, ¿qué demuestra el juguétillo? El ser del hombre y su vanidad, el refinamiento de una sociedad y el poder de sutiles influencias incomprensibles para la razón, que es una boba de marca mayor, doblemente atractivas por lo difíciles de comprender y desentrañar. ¿Dónde hay cosa más grave, aun colocándonos en el alto punto de vista de aquellos que más han abandonado al mundo, y desdeñado más el vacío de sus pompas y vanidades? Preguntádes. Para ellos cualquier vanidad es igual á otra, llámese como se llame y finja lo que finja. Si *el dandismo* existiese en su época, Pascal que fué un dandí como se puede ser en Fran-

cia; Pascal el del coche de seis caballos, podría, antes de retirarse á Port-Royal, escribir la historia del *dandismo*. Y Rancé, otro tigre de austeridad, antes de sepultarse en las espesuras de su trapa, quizá nos traduciría al capitán Jerse (1) en vez de Anacreonte; porque Rancé fué un dandí sacerdote, cosa más rara que un dandí matemático. ¡Ved la influencia del *dandismo*! Dom. Gervasio, un grave religioso que escribió la biografía de Rancé, nos ha legado una descripción encantadora de su precioso guardarropa, cual si quisiese proporcionarnos el mérito de una tentación vencida, con las ganas terribles que nos infunde de lucir aquellos trajes.

Esto no significa que el presente autor de *El dandismo* se compare en modo alguno, á Pascal ni á Rancé. El susodicho autor no ha sido ni será nunca jansenista, y trapense no lo es todavía.

J. A. BARBEY D' AUREVILLY.

(1) Penúltimo historiador de Brummell.

EL DANDISMO

I

Es más difícil agrada-
dar á las gentes de san-
gre fría que conquistar
el amor de algunas al-
mas de fuego.
*(Tratado de la Prince-
sa.—Inédito.)*

Los sentimientos tienen su destino,
y hay uno para el cual todo el mundo
es despiadado: la vanidad. Contra ella
vienen clamando en sus libros los mo-
ralistas, incluso los que mejor han de-
mostrado el amplio puesto que ocupa
en nuestras almas. Los hombres de
mundo, moralistas también á su ma-